

## CAPÍTULO XXVIII

Los últimos sucesos de la Paz. — Previsiones. — Conducta revolucionaria de los gobiernos. — Consecuencias que se experimentan. — Mi permanencia en la Paz. — Santuario de Copacabana. — Horror de los indígenas á la fiebre maligna. — Reunion general y acuerdo celebrado. — El paso imponente del Tacora. — Provincia de Atacama. — ¡ El gran desierto !

Los últimos sucesos de Bolivia manifiestan cuánto se ha arraigado en el corazón de sus habitantes el hábito de trabajar por los trastornos que despedazan y hunden á la patria. Sesenta conatos de revolucion hemos dicho que habian sido sufocados durante las administraciones del presidente Belzú y de su sucesor Córdoba. Uno se realizó al fin, y el presidente de la república dejó la primera magistratura de la nación del modo violento que la habian dejado casi todos sus antecesores. ¿Y qué probaban todas aquellas tramas de revolucion? La prensa de una república vecina las calificaba como prueba de la impopularidad del gobierno que se trataba de derrocar. Pero cuando vemos que ese gobierno ha caído y que contra la

nueva administracion que le sucede se fraguan nuevas conjuraciones, que se conspira contra la vida de los individuos que la forman, y que manos alevosas á la luz del mediodía asestan golpes mortales al primer magistrado de la nacion con el objeto de asesinarle cobarde y traídonamente, entónces nos es necesario buscar otra causa á esa conmocion perpetua á que vive sometida la república boliviana. No son necesarias largas investigaciones para encontrarla en el envilecimiento con que se ofrece la autoridad á los ojos del pueblo que debe respetarla despues de las violencias que sufre de parte de los que la invaden. No conoce al hombre, ni se ha detenido á estudiar sus propensiones el que se persuade que le verá permanecer indiferente cuando las pasiones desbordadas avanzan sobre el santuario de las leyes, rompen el freno que de allí parte para contener á los individuos en su deber y arman los bajos instintos de pueblos rudos contra los encargados del poder, despues de haberlos arrancado de su puesto con injuria de las instituciones. No conoce al hombre, repetimos, quien crea que esa autoridad podrá conservar su prestigio, despues de haber sido ultrajada á mansalva, y que los ciudadanos inclinarán su frente ante sus prescripciones, del mismo modo que lo hacian cuando hablaba á su conciencia rodeada de imponente majestad. La marcha misma de los sucesos en América dan á nuestro juicio toda la evidencia posible en la materia. Cuando hablaba á los pueblos una autoridad cuyo centro residia al otro lado de los mares y á tres mil leguas de distancia, y cuando los agentes de ese mismo poder eran respetados como inviolables y sagra-

dos en el ejercicio de su autoridad, entónces la subordinacion y el amor de cada ciudadano eran la primera garantía de la paz y tranquilidad social. Cuando un hombre extraordinario, disponiendo de un poder colosal, invadía ese centro de autoridad y la usurpaba arrebatándola á un hijo de cien reyes, este atentado arrancaba en América un grito general de horror é indignacion. « El hombre mas osado, se decia, jamas hubiera llegado á imaginar, cuanto ménos á pensar, que podrian suceder hechos semejantes á los que nuestra generacion presencia. La autoridad hasta hoy era sagrada entre nosotros : apoyada en la conciencia y en el amor de los súbditos, nada teme es cierto de parte de estos. Se encuentra invadida, se pretende ajarla, se la insulta, pero todo viene del extranjero y los golpes parten de un coloso que encontrará su muerte en la península ibérica (1). » De este modo se escribia en circunstancias en que la autoridad era amenazada por un general que mandaba un millon de soldados, por un emperador que creaba y deponia reyes, y por un soberano que imponia como ley su voluntad á los demas soberanos de la Europa. Y sin embargo de todo esto, la invasion de Napoleon el Grande se calificaba en América como un atentado que nadie habria previsto, « porque la autoridad era considerada como sagrada y descansaba en la subordinacion y en el amor de los que estaban llamados á obedecerla; » y esta circunstancia la hacia invulnerable contra cualquiera agresion. Mas no es este el espectáculo que hoy presencian los Estados de

(1) *Gaceta de Lima.*

América, cuando ven invadida, ajada y pisoteada esa autoridad por militares afortunados ó abogados audaces. No es un coloso el que insulta entónces la autoridad amotinando contra ella la fuerza armada para sostenerla, ó sublevando los pueblos que estaban obligados á acatar y obedecer sus disposiciones, ni es un hombre que lleva consigo mil recuerdos famosos que le adquirieron en la historia una página inmortal quien intima al magistrado supremo de la república que abandone su puesto para que sea ocupado por otro mas digno : no y mil veces no. Un golpe de mano, un hecho que podria llamarse atrevido, á no contar el actor con la impunidad, en caso de no acertar; una intriga, la promesa de un grado, deciden ordinariamente de la suerte de una nacion que cuenta por cientos de miles el número de sus ciudadanos. Y sin embargo, repárese que hoy, cuando á la autoridad se infieren cada día estos ultrajes, la sociedad no se alarma tanto, como cuando la veía ajada por el gran Napoleon. ¡Prueba del hábito que han adquirido sus individuos de presenciar las escenas repugnantes que en ellos tienen lugar! Queremos notar, ademas, que los últimos amagos de revolucion sucedidos en la Paz han descubierto cuánto cunde el cáncer mortifero de la insubordinacion en todas las clases del cuerpo social. Un sacerdote fué comprendido entre los conjurados, y sentenciado á muerte como estos, sufrió tambien con ellos el último suplicio. Este fué el primer espectáculo de tal naturaleza que presencié Bolivia y que llenó de horror á todo el Estado. Pueda este horror influir saludablemente en los políticos, en los magistrados y en todos los que ejercen los poderes

de la nacion, para procurar cortar de raiz el cáncer que produce aquel malestar.

Bolivia tenia que lamentar con relacion á este suceso males gravisimos que venian desde muy atras. En las revueltas no solo se habian formado sus hombres de Estado, sus generales y sus magistrados, sino, lo que todavia es peor, fueron tambien algunas veces la escuela donde se educaron para el obispado sugetos que gobernaron sus iglesias. Cuando á los primeros puestos del santuario suben hombres que hicieron su carrera léjos del altar y ejercitados mas en las intrigas de los gabinetes que en el arte de sanar las dolencias morales de los pueblos, no son estos solamente los que sienten pronto el desacierto de la eleccion, sino que todos los resortes por donde el celo del pastor se derrama en el cuerpo de los fieles se resienten tambien y dejan de funcionar con la perfeccion que debieran. Los hechos á que aludimos son conocidos por todos en Bolivia y son tambien el principio del mal gravisimo cuyo desenlace serán hechos semejantes al muy lamentable que hizo correr en un cadalso sangre sacerdotal.

Un hombre eminente, que al principio de la revolucion de América contemplaba el lugar que no pocos individuos del clero tomaban en las filas de los partidos politicos, se lamentaba ya de las consecuencias funestas de semejante conducta y pintaba los males que habia de acarrear no solamente á la religion sino á la sociedad. « La religion, decia, aparece en la persona de sus ministros mezclada en negocios donde las pasiones exaltadas no dan oido ni á la conciencia ni á la razon. Los hombres instrui-

dos distinguen fácilmente al sacerdote del ciudadano, pero el vulgo confunde al uno con el otro y envuelve fácilmente en su reprobacion y en sus odios á la religion con el ministro cuya conducta ha provocado aquellos. ¿Qué sucederá cuando mas tarde los clérigos, los curas y los prebendados que hoy se agitan en medio de los seculares en los círculos politicos, se vean obligados ó á suscribir partidos extremos ó á renegar los principios que dicen formar su profesion de fe? Las cosas pasarán entonces muy adelante... ¡Quién sabe hasta dónde llegarán (1)! »

La conducta de los gobiernos no ha sido la mas á propósito para moderar el vértigo revolucionario que se ha apoderado de los espíritus. Al contrario, manifestando simpatias por ese mismo espíritu y participando de él, los jefes de la administracion en cuanto convenia á sus intereses lo han fomentado, dictando providencias que ceden en su provecho. Los primeros destinos del Estado, sin exceptuar los sagrados de la Iglesia y de la judicatura; las influencias del ejecutivo protegiendo la insubordinacion del súbdito contra la autoridad legitima; los recursos del gobierno empleados frecuentemente en introducir la agitacion y el desorden en los Estados vecinos, distan mucho de servir de medio para modificar la exaltacion que arrastra los espíritus al desorden y á la revolucion. El prestigio de los gobiernos se robustece cuando son justos sus mandatos y cuando en el ejercicio de sus atribuciones se conducen de una manera capaz de inspirar

(1) Ilmo. y Rmo. S. D. D. José Alejo Eyzaguirre, *Observaciones sobre la revolucion*, 1826.

rectitud en los ciudadanos. Mas cuando obran animados por sentimientos de partido y por espíritu de círculo, cuando la injusticia llega á traslucirse en alguno de sus actos, entónces son ellos mismos quienes combaten su propia autoridad; son ellos quienes prestan á los ciudadanos armas para que los derriben y hagan caer en el desprecio esta autoridad en la conciencia de los que están llamados á obedecerla.

No necesitamos detenernos á refutar individualmente todas las consecuencias de un desórden semejante; este escrito va dirigido á los americanos y en América todos las palpan, aun cuando no todos las lamentan. No cesaremos si de repetir que esa agitacion en que viven los gobiernos divisando cada dia nuevas conjuraciones que amenazan su existencia política, esa alarma que les causan las aspiraciones de los numerosos émulos que encuentran en todos los círculos de la sociedad y esa impotencia, en fin, en que les coloca su situacion violenta y nula para hacer el bien, consecuencia son de su propio proceder.

Mi permanencia en la Paz me ofreció motivos para radicarme mas y mas en este juicio. El gobierno tenia ocupada toda su atencion en sufocar los movimientos revolucionarios que estallaban por todas partes, en confinar al departamento del Beni los presos políticos y en tomar providencias de seguridad en la capital de la república donde suponía existir el foco principal de la revolucion; miéntras tanto la policía de beneficencia quedaba olvidada del todo, las calles de las poblaciones y las vias de comunicacion que unen entre sí las provincias del

Estado, se veían abandonadas, el comercio y la hacienda pública sufrían pérdidas sin cuento, y todos los ramos de la administracion estaban sin vida y sin movimiento. Ningun momento de paz se podia contar seguro, porque toda la república estaba sobre un volcan, segun la expresion del mismo gobierno. Tristísimos son los recuerdos que un malestar semejante imprime en el ánimo del que llega á experimentar sus efectos. El desórden que se percibe en todas partes á todos ofende, ménos á los que se habitúan al mal y viven en él como en su elemento natural.

Me acercaba á la línea divisoria entre la república boliviana y el Perú, y pronto iba á tener delante de mis ojos el célebre Desaguadero. Una soledad profunda dejaba percibir hasta las mas ligeros movimientos del viento. Rebaños numerosos de llamas, alpacas y vicuñas se divisaban pasciendo en el fondo de los valles y en lo mas retirado de las quebradas de los cerros, cuando á lo léjos se me presentó un alto campanario que me anunciaba la existencia de un templo. Mi guia me dijo era el de Copacabana y este nombre me hizo recordar al instante que tenia delante de mis ojos uno de los santuarios mas célebres de la América española. En efecto, Copacabana es lo que Guadalupe para Méjico y Chiquinquirá para la Nueva Granada. Mil y mil individuos acuden cada dia en romería desde los lugares mas lejanos de Bolivia, del Perú y aun de las provincias de Salta y de Jujuí, para visitar la imágen de María que allí se venera, y cada cual refiere favores singulares que han recibido de la madre inmaculada del Salvador del mundo sus padres, sus herma-

nos y á veces ellos mismos. Entrando en el templo se ven las pruebas sensibles que ofrece la tierna devocion de los fieles á la que es consuelo de afligidos y salvacion de los que perecen, en las ofrendas colocadas sobre el altar, en los muros y cerca de la venerable imágen de Maria santísima. El santuario está confiado á la custodia de los religiosos franciscanos del colegio de propaganda de la Paz. El presidente D. Andres Santa Cruz erigió allí una colegiata de canónigos, mas como no habia intervenido para ello la autoridad del Sumo Pontifice, necesaria segun el derecho, su institucion no fué duradera y el capítulo fué disuelto por el gobierno mismo que lo estableció. Un vasto campo presenta el numeroso concurso de pueblo que acude á Copacabana á toda hora y de todas partes, al celo de sacerdotes que vivan animados del espíritu de su ministerio. Yo vi celebrar muchas misas cantadas, vi tambien otras rezadas con mayor ó menor número de luces; mas no es esto lo que contribuye á propagar entre los fieles la moral cristiana : la enseñanza de los principios religiosos por la constante predicacion, ved ahí el medio mas eficaz.

Cuando hacia yo mi viaje por Bolivia, las poblaciones de indigenas experimentaban una de esas terribles epidemias de fiebre que de cuando en cuando han solido visitarlás. Emigraban de un lugar á otro las familias, y pueblos numerosos eran abandonados de sus habitantes, que huían á los montes por evitar el contagio de los enfermos. Me sucedió llegar una noche á un lugar considerable y, no habiendo encontrado en él viviente alguno, alojarme en medio del camino. Vi abiertas algunas casas, solas,

abandonadas y con señales de que habian perecido sus dueños víctimas de la peste. Esta no se cebó sino entre los indigenas; ninguno murió de los de raza española, ó mestiza, y esta circunstancia alarmó sobre manera á aquellos. Hubo algunos indigenas que llegaron á sospechar que les habrían hecho los mestizos algun maleficio y se reunieron los caciques de diversas provincias del Cusco, Arequipa, Puno y la Paz para ver cómo podrian inquirir el origen de la epidemia y adoptar los medios de contenerla. La reunion se verificó en un lugar de la provincia de la Paz (1) y fué acordado por los caciques que se propagara la peste entre los mestizos, para que estos procurasen el remedio urgidos por el mal. En efecto, el mismo dia mataron un gran cerdo y despues de muerto pusieron sobre él durante muchas horas el cadáver desnudo de un hombre que acababa de morir de la fiebre maligna. Dividido despues el animal, fué enviado por mitad al juez y al cura de la parroquia, en los cuales ningun mal efecto hizo aquella carne contagiada, como esperaban los indios.

Poco despues de pasado el Desaguadero, principiamos á subir la cordillera de los Andes al pié del promontorio del Tacora, uno de los mas elevados de aquella gran montaña. Un viento agudo y penetrante parecia cortar las coyunturas todas de nuestro cuerpo, y cuanto mas avanzábamos elevándonos hácia las eminencias, mas sensibles nos eran sus efectos. Colocados al pié del promontorio del Tacora pudimos contemplar su grandiosidad sublime. La cordillera, muy gruesa allí, forma en su cima bellas planicies

(1) 1856.

en medio de las cuales se eleva como plateada pirámide el gran promontorio de Tacora. Rodeado este en su base de profundos barrancos presenta dificultades insuperables á cuantos quisieron subir á su eminencia. La gran masa de nieve que cubre su superficie, herida en parte por los rayos del sol, y en parte cubierta dulcemente por ligeras nubecitas, me ofrecian el simbolo imponente de la verdad eterna, siempre resplandeciente y siempre bella; pero que velada á veces por ligeras nubes, no siempre es buscada ni ménos conocida de los hombres. Este simbolo, mi imaginacion lo divisaba entre Bolivia y el Perú donde apénas llega á percibirse despues de rotos los velos con que artificiosamente se procura disfrazarla.

La provincia de Atacama, que comprende la parte boliviana del gran desierto de este nombre, presenta una serie de campos áridos, de cerros minerales y á veces tambien de lomas bajas formadas de arena. De cuando en cuando hay pequeños campos cultivados á merced de algunos manantiales, y entónces tambien allí mismo se ven poblaciones de indios y de mineros que explotan las minas de cobre que existen en los cerros de toda aquella vastísima provincia. Mas aquellos campos y estas poblaciones miserables no existen sino en aquella parte de la region que se distingue con el nombre de Atacama alta. La parte del litoral no ofrece mas que una sucesion de desiertos cuya soledad espanta y en cuya eterna aridez ve cualquiera la viva imágen de la muerte á que parece estar condenada allí la frondosa vegetacion que se ostenta en las hermosas selvas y en las verdes praderias de otras provincias de Bolivia.

## CAPÍTULO XXIX

Chile. — Influencia de la religion en sus destinos. — Recuerdos que ennoblecen su historia. — Las malas pasiones lucharon al principio de la revolucion. — El enviado de Roma y éxito de su mision. — Ataques del gobierno á la religion. — Destierro violento del diocesano de Santiago. — Cisma lamentable. — Reaccion encabezada por Portales y su desarrollo. — Ereccion de nuevas diócesis. — Nuevas instituciones religiosas y su beneficencia.

Entre todos los Estados que nacieron de la América española, Chile es el único que recogió en parte los bienes de su independencia y libertad. Los ciudadanos de su territorio se dieron una constitucion que si bien no otorga á los individuos las libertades quiméricas que conceden las de otras repúblicas, da á la autoridad medios suficientes para hacer respetar sus estatutos. A su sombra disfrutaron los pueblos el bien inapreciable de una larga paz, se desarrollaron la industria y el comercio de una manera asombrosa, se difundió la instruccion pública hasta las extremidades mas remotas de su vasto territorio, se abrieron vias de comunicacion en todas direcciones, se habilitaron nuevos puertos para el comercio